

Redacción
La Junta Directiva

Plumas Noveles

SUSCRIPCIÓN
Un mes. 0,25 pts.

Colaboradores
TODOS LOS ATENEISTAS

ORGANO DEL ATENEO ESCOLAR

Relación y Admón.
Co'lon, 12, bajo

¿Favor o perjuicio?

Pregunta dudosa es porque nuestras mentes acaloradas al sentir el influjo del alboroto del trabajo, no cesamos de encontrar, hasta enronquecer, hitos a la ilusión pasajera de la vida, que es el no hacer nada. ¿Pero será posible que salgamos gamando con haber suspendido el examen de reválida? Seguramente, no: si se mira bajo el concepto de no estudiar, nos equivocamos, pues sabiendo que asignatura que se aprueba no se vuelve a mirar, los señores Profesores, creyendo cada cual que su asignatura es la más importante, harán aprender al alumno el inmenso tomo, de 70-80, etc., lecciones, que tiene señalado como texto oficial.

Sabido es, que en la mayoría de los casos se sale—o mejor dicho—se salía, con el grado de Bachiller, y no se sabía hacer una división: ¿por qué? Porque fiados en que luego vendría el repaso para la reválida; le daríamos dos vueltas para llevarlo prendido con alfileres, como vulgarmente se dice, y volver enseguida al sueño eterno, es decir, al olvido. Por consiguiente, de esta manera veremos como, asignatura que se aprueba, no se olvidará; y asignatura que se olvide, no se volverá a aprender.

Las asignaturas aprobadas en nuestros primeros años, que solamente se estudian bajo la base de que en clase no nos pongan una mala nota (podremos acordarnos al llegar al final de los 5 o 6 cursos, si el Nombre rige en Genitivo o Dativo, o si es regido por otra cosa cualquiera? Es probable que no nos acordemos; pero teniendo la reválida, para aprobarla tenemos, por lo menos, que estudiar ese sin fin de cosas que aprobamos, por aprobar, por que lo mandaban, y así había que hacerlo.

Pero hoy, que caminamos bajo el libre pensamiento, que vuela como el pájaro, asignatura que se aprenda al madurar nuestros primeros años, esa no se olvida; y si se olvida, es porque no está bien aprendida; y si no está bien aprendida, no se debe aprobar.

En resumen: ¿salimos ganando o perdiendo? Si he de ser franco, yo no lo sé. ¿Quieres que te dé mi opinión? Pues allá va:

—Creo que han hecho pero que muy bien, porque así estudiamos algo más.

J. PARDO.

Grecia en la edad antigua

Grecia es uno de los pueblos que más han contribuido a la civilización universal.

En efecto: examinemos todos los órdenes de la vida, y veremos que en todos se muestra original. Su lengua nos da el tecnicismo a nuestras ciencias; sus artistas han sido el modelo en todos los tiempos y en todas las edades; en ella principió a cultivarse la Filosofía, por eso sus cultivadores se han llamado los siete sabios de Grecia; ella ejerció influencia sobre la latina, nuestra madre, y, en fin, puede decirse que ensayó en pequeño, pero en todas las esferas, el plan de la vida humana, que realiza hoy más ampliamente el mundo civilizado.

Así, pues, podemos decir que la influencia del pueblo griego en la civilización no fué exclusivamente política, ni religiosa, ni artística, sino omnilateral.

Por eso el Sr. Nuñez de Arce, en su bellísimo poema «Última lamentación de Lord Byron», ha dicho, apostrofando a Grecia: «¡No te asuste lo futuro ignoto, como marca infortunada! Aunque tus días cortara de improviso el terremoto y te tragara el mar, no morirías. Bastara una estrofa, el dorso roto de una estatua, un frontón, cenizas frías de tu pasado, para no olvidarte. ¡oh cuna de los Dioses y del Arte!»

Y el inglés Summer Maine se ha atrevido a hacer esta soberana afirmación: «Excepción las fuerzas ciegas de la naturaleza, nada actúa en el mundo que no sea griego en su origen.»

Grecia fué una de las naciones que dió importancia exagerada al estado, uniendo íntimamente el elemento humano a la cultura popular.

De entre los diferentes estados que se fueron constituyendo, dos influyen poderosamente sobre los demás, pudiendo referirse la Historia de la educación de los países helénicos a la de la ruda Esparta y la culta Atenas.

Esparta pudo atacar las perturbaciones, ocasionadas por la rivalidad de clases, aceptando la Constitución de Licurgo. Este legislador cambió el régimen político, dió nuevas disposiciones relativas a la vida privada y reglamentó la educación de los lacedonios. Cuando nacía un niño, era presentado a una junta de ancianos, que respetaba su vida su ordenaba que fuese arrojado desde la cima del monte Taigeto, según que encontraba bien conformado o deforme y débil. La educación física principiaba desde la cuna, bajo la dirección de la madre, y continuaba hasta los siete años, en que los niños pasaban

a educarse en común; la comida era corta y frugal, obligándolos muchas veces a sustraer con destreza y astucia lo que necesitaban para la completa satisfacción de su apetito, y se ejercitaban continuamente en la lucha y manejo de armas.

La enseñanza que comprendía a los niños y niñas, se reducía a la gimnasia, el baile, recitado de poesías y cantos de himnos sagrados y patrióticos.

Los espartanos tenían horror a la mentira, obedecían ciegamente las leyes, a los ancianos, y eran solarios y valientes.

Atenas, floreciente en artistas, poetas, historiadores y filósofos, no sigue en cambio, la educación de la severa Esparta, y sin embargo sabe formar buenos guerreros y excelentes ciudadanos. No coloca la dignidad humana en la fuerza y el valor, sino que busca también la salud corporal y del espíritu y utiliza las energías del hombre en beneficio del individuo y del Estado.

La educación moral y religiosa fué parecida a la de los espartanos; profesaban una veneración al templo de Delfos, erigido en honor de Apolo.

Falta al pueblo helénico la verdad religiosa, y busca en algo superior al hombre lo que no puede darle éste y ni sus mítológicos dioses. Juzga que ha encontrado en la sociedad el ideal que persigue para el sostenimiento de su vida nacional, y encumbra al Estado, que absorbe al individuo, y si permite la familia es como un medio de prosperidad para la República.

Nada más antihumano que el cuadro representado por Esparta, en las horribles pruebas a que sometían al niño desde que nacía hasta llegar a ser un valeroso soldado.

Tampoco Atenas puede presentar acabado modelo de educación, privando de ella a millares de seres humanos, reconociendo legalmente la esclavitud y haciendo poco superior a ésta la mujer y el niño respecto al jefe de la familia.

ANTONIO PAREJA.

¿Ensueño o realidad?

¿Soñaba con un hada?
No sé; ni saber quiero
si es sueño o realidad.

Ensueño o realidad, rodeados de un cierto aire de misterio, de un nimbo de tristeza, aparecen ante mi mente, esfumados y entre sombras, los siguientes hechos, que parecen significar para mí, algo

más que mi hilvanados conceptos, uno de los más intrigados y negros puntos de mi vida. Justo es hay en que los que me miran ven en mi rostro una mueca o gesto de duda: es que estoy dudando entre creer lo siguiente real o creerlo un atrevido vicio de mi loca fantasía: sea lo que sea, ahí va en pocas palabras este sentimiento, único que con dolor encuentro en mi desfallecido pecho.

Era una hermosa tarde del mes de marzo, una de esas tardes en las cuales parece que el sol luce sus mejores galas para recibir a la flor de la primavera; y yo, abrumado por sentimientos que no son del lugar, paseaba bastante distraído por ese paseo sin sombras que constituye la larga línea del ferrocarril; entre uno de los muchos momentos que levantó la vista para fijarla, indiferente, en mi alrededor, acerté a verla: me quedó exasmiado, asombrado; tan hermosa era, que el sol ocultaba, tras densos nubarrones, sus galas, como avergonzado de su fealdad, en comparación con aquella estrella; y el antes ligero calor primaveral, tornóse en fresca brisa otoñal, avergonzado quizá de su poco valor, en comparación de aquella majestuosa, fastuosa y bella imagen; tan bella, que ¡cuántos pintores, al verla, una obra maestra se hubieran inspirado! Y tan suave y delicada, que ¡cuántos poetas no hubieran reñido en batalla poética por cuál de ellos, en mejores versos, la llamara sublime musa del Parnaso heleno! Todo esto tiene una aureola fantástica; pero cuando pienso en ella, su imagen se representa en mi espíritu con tales visos de realidad, que dudo por creerla real y no fantástica.

Ante mí pasó, y su imagen de tal manera se grabó en mi mente, que sin temor haría su retrato, su retrato de belleza venusina; azul era el traje que vestía, rubio el cabello que caía sobre sus hombros, como cae la dorada lluvia en unos fuegos artificiales, como las espigas inclinan y doblegan sus doradas cabezas por los flancos de la hacin; sus ojos negros eran como brillantes cuentas de azabache, una eterna noche de misterios, un antro insondable donde miré mi imagen; su boca era pequeña, de labios de grana y dientes de marfil; rosado era el color que tenía sus mejillas; blanca y tersa su nívea garganta, parecía hecha de blanco alabastro o de mármol de Carrara; su cuerpo era esbelto, flexible, delicado, con unos pies que, por lo pequeños, a más de un mortal hubieran admirado.

Su juvenil belleza, sus delicadas facciones, su flexible talle me admiraron de tal forma, que lleno de arrobamiento la miré extasiado, y así hubiera permanecido largo tiempo, de no venir el penetrante silbido de la locomotora a darme a entender que el mundo externo es real, y el más largo sueño no dura un momento.

Al ver del tren la gigantesca masa que

aparecía en lontananza, me aparté a un lado, ella al contrario, y el tren pasó veloz entre nosotros; cuando el convoy pasó, con ansia la busó mi vista, pero ya no la pude ver; se había esfumado semejante a un hada de los cuentos infantiles, a una aparición supra-terrena, y de ella no quedó más que los recuerdos que se grabaron en mi mente, y en ellos aparecía semejante a una ninfa del Olimpo griego, a una vestal del gentilismo romano, a una Valkiria, una de esas muchas bellas guerreras que, según su mitología, tenía que luchar al subir al cielo el feroz germano.

Desde ese día, la busqué sin tregua ni descanso, mas nunca puede verla; su imagen, siempre ante mi mente, me hacía distraído con todos, desconocía a los amigos, y de aquella alegría proverbial en mí, nada se encontraba en mis nuevos sentimientos; mi único afán era pasear solo, abandonado, pero pasear por el sitio donde la vi un momento; y allí pasé un día y otro remozando su visión, del mismo modo, con el mismo afán que el demente que ante su vista desea tener eternamente el origen de su desdicha. La poesía pastoril me enardecía, y si salía de paseo iba en busca de pastores, que, lejos de ser como «El pastor de Filida», eran toscos y poco poéticos.

Al llegar aquí, termina mi memoria de darme recuerdo; yo la mortifico y nada consigo, es vano mi empeño. ¿Será que esto no es real, sino atrevido sueño? Tal pregunta me hago; contestar con certeza, no sé; parece digna de mención la siguiente particularidad de mi falaz recuerdo: al terminar éste, en la hoja de un libro, leo con asombro de mi parte las siguientes cosas: «La dicha Elena se apareció vestida de negra túnica, de púrpura, etcétera.» Es decir, que la imagen de la cual baso mis pobres sentimientos, podía ser, es fácil que sea, nada menos que una imagen, algo retocada, del retrato que de Elena de Grecia hace el gran Goethe en su obra «Fausto», pues recapacité que estaba leyendo tan bello retrato en aquel momento.

LUIS DE LA CUESTA ALMONACO.

Cuenca 27 de marzo de 1917.

PREFERENCIAS

Lo que me gusta, temo y deseo

Me gusta, cosa rara, la soledad; tiene múltiples encantos para las almas como la mía acostumbradas a vivir alejadas del bullicio y algarazara que causa la sociedad pagana. Melancólica por naturaleza, en alas de la fantasía me alejo al lugar en que solo se oye el canto de los pájaros, el movimiento silencioso y acompasado de los árboles y el suspiro del que gime sobre la tierra que cubre un ser querido,

me alejo con el pensamiento a la necrópolis. Una vez allí, nuevamente me retorno al instante en que tengo que rendir el último tributo a la tierra, para después subir a mi última morada. Me gusta aquella solead porque confirma la idea que tengo arraigada en mi cerebro de que todo lo que en el mundo hay, puede compararse a una luz que dura un segundo y queda reducida a polvo, a nada. Pero a pesar de esto, soy entusiasta de la música, partidaria de las flores y admiradora de las maravillas terrestres.

Temo a la guerra, porque extiende con sus alas negras la desolación y el espanto, la angustia y la miseria. Y en el orden sobrenatural, temo a la justicia divina, de cuya vista nadie puede escapar. Temo a las malas amigas, porque son dardos venenosos que emponzoñan el pecho en que se clavan; su conversación sólo tiende a captarse las simpatías, a coger frases cuyo sentido cambiado da lugar a disgustos y desavenencias.

Deseo, es decir, anhelo tener la inteligencia en tal disposición, que pueda escribir como lo hicieron los poetas del siglo de oro de nuestra Literatura; hacer competencia (qué temeridad) con alguno de los escritores del Parnaso griego, por ejemplo, con Homero, o con alguno del latino, con Horacio. Mi mayor alegría sería poder expresarme con un lenguaje que fuese fiel expresión de mis pensamientos; y por último, deseo que al exhalar el último suspiro, en vez de morir, nazca a nueva vida, que esa será imperecedera, la inmortal, si Dios me la reserva.

M. Z.

SONETO

A la primavera

Dios nos manda la hermosa primavera con su manto esmaltado de mil flores, pintadas de los más vivos colores que añilan y hermocean la pradera.

El murmullo del agua en la ribera, los trinos de los pájaros cantores, todo parece que nos rinde amores en la vida dichosa y placentera.

¿Cómo demostraré yo mi alegría en estos días de tan bellos cielos...?

Ya lo sé: voy poniendo en armonía

el fuego que me inspiren mis anhelos con sueños de mi loca fantasía,

¡por ser de primavera, son más bellos!!

A. H.

Ateneo Escolar

Conferencias

La correspondiente al día 16 de marzo estuvo a cargo del aventajado alumno de

quinto curso. Carlos Rubio Ruiz, disertando acerca de «El Barómetro».

Empezó definiendo la atmósfera, su composición y proporciones en que en ella entran los cuerpos que la componen: «es una mezcla, dice, de nitrógeno, oxígeno y argón en proporciones casi constantes; y anídrido carbónico y vapor de agua, en proporción variable, según las circunstancias de lugar, altura, estación y vegetación. Forman también el aire, en mínimas cantidades, los elementos helio, neón, venón, criptón, y en él se encuentran todos los gases y vapores que se desprenden de la superficie de la tierra, y tras esto continúa dando a conocer las proporciones en que estos cuerpos se encuentran mezclados, resultando del análisis del aire seco las siguientes proporciones. Oxígeno 23.10 en peso y 20.90 en volumen. Nitrógeno 75.55 y 78.13 Argón 1.30 y 0.94 y Anídrido carbónico 0.05 y 0.03».

Una vez expuesta la teoría del Barómetro, entra en la definición de los más útiles y principales, haciéndolo del de cubeta, Fortín y el metálico; dando a conocer todos con un gran detenimiento y amabilidad.

Y termina diciendo: «ahora sólo pido por parte de vosotros benevolencia para juzgar mi labor».

Al terminar su notable disertación es aplaudido calurosamente, recibiendo de sus compañeros numerosas felicitaciones.

La conferencia del viernes último estuvo a cargo del alumno del quinto curso del bachillerato, Fernando Garrido Caverro, y el tema desarrollado fué «La Literatura Española en el Siglo XIX».

El conferenciante, que estuvo hábil de palabra, conciso en el concepto y muy acertado en la acción, dijo que en los tiempos actuales estimaba labor patriótica la de recordar que en el campo de la literatura no ha decaído España, conservando el lugar preeminente que siempre tuvo entre las demás naciones.

Examinó el carácter de la literatura española en los primeros años del siglo, citando las obras más notables y los rasgos más salientes de los grandes literatos.

Estudió la época romántica de nuestra literatura, ensalzando las obras geniales que produjo, con especial mención de las creadas por el Duque de Rivas, García Gutiérrez, Espronceda y Zorrilla, dedicando a este último algunos párrafos encomiásticos por sus incomparables leyendas y por su enorme producción lírica, no olvidando al rey de la crítica, el malogrado Larra.

Reasumió con gran acierto el período de transición influido por las revueltas políticas que agitaron la vida de la patria, y enumeró con sus principales méritos las obras que de esta época han pasado a la historia de la literatura por sus

inegables excelencias, fijando especialmente en las grandes figuras, Echegaray, Campoamor y Fernández y González.

Llegando a los tiempos más próximos a la actualidad, reseñó la obra de Benavente y ensalzó como merece el trabajo del insigne Galdós, mencionando sus principales producciones. Después citó las obras publicadas por autores conguenses, sin olvidar a ninguno de los paisanos nuestros que se han distinguido en el arte literario en cualquiera de sus manifestaciones, y terminó haciendo gala de un optimismo muy propio de la juventud, que confía en que la patria que ha sabido mantener sus prestigios literarios a tan gran altura, no puede llegar a la decadencia que presumen los pesimistas.

El joven conferenciante fué muy aplaudido, y el público que llenaba el local quedó muy complacido.

A las enhorabuenas que en el acto recibieron nuestros compañeros, sirvamos unir la nuestra sincera y entusiasta.

La dama del misterio

Era una bella tarde de primavera. El sol declinaba ya hacia su ocaso y parecía que el inmenso mar con sus insondables misterios lo devoraba poco a poco, las tenues rayas que reflejaba sobre las nubes y espumosas olas, formaban un admirable efecto luminoso, indescriptible para la musa del más apasionado poeta.

Yo, desde la popa de una pequeña canoa automóvil, bajo los efectos de la agradable y cálida brisa de un atardecer en las costas de Italia, acompañado de los débiles vaivenes producidos por el roce continuo de las olas con la pequeña embarcación, contemplaba extasiado la silueta de la grandiosa y pintoresca ciudad de Nápoles, con sus magníficas obras arquitectónicas, con sus majestuosas cúpulas que se alzaban en medio de la noche, se asemejaban a fantásticos y enormes gigantes, y allá a lo lejos, el cráter de un volcán en erupción, lanzando las flameantes materias que enriquecen su seno y demostrando una vez más, la mirífica obra de la omnipotente naturaleza.

La noche había extendido su manto por el infinito y espacioso firmamento; la marea comenzaba a subir, agitando las aguas del mar con brusca violencia; y la luna, en la espumosa estela que la canoa tras de sí iba dejando, brillaba trémula y agitada; mi mente soñadora admiraba todo cuanto lenta y sucesivamente aparecía nuevo, ora la negruzca embocadura del puerto, ora la blanca luz de los faroles de éste, ya la muchedumbre que bulliciosa y agitada se extendía en él.

Desembarqué y, ¡oh fantástica visión!, lo primero que mis ojos divisaron fué la

esplendeo divina de una niña, que no contaría más de diez y seis años, que con sus ojos brillantes y negros como el azabache, con su cutis ligeramente rosado, con su boca incitante y mirada por dos labios rojos y sonrientes, con sus blandos y sedosos cabellos que le caían sobre el traje blanco, asemejándose a la finísima lluvia de oro y su frente bellísima, terminada por dos cejas, lindamente arqueadas que se reunían en la parte alta de una nariz griega, parecía, en conjunto, la excelsa, la sempiterna, la más preciosa diosa del amor.

Los meses han transcurrido desde que yo viera aquella sublime y preciosa criatura. Durante este tiempo, todas las tardes, al alborocar el vespertino crepúsculo, daba un paseo por el puerto con la esperanza de verla en toda su belleza, de ver sus rubios cabellos, de ver su boca seductora, de ver...

Al fin, una noche, ¡oh preciosa coincidencia!, en la recepción de un príncipe indio, la vi, sí, la vi más hermosa que nunca, la vi en el período álgido de toda su belleza, la vi con la sonrisa en los labios, con la seducción en toda su incitante figura.

La hablé, la dirigí multitud de preguntas, y ella, por toda respuesta, dió media vuelta y desapareció de mi vista; la busqué por todos los salones, pregunté a todos los criados de la casa, todo en vano, ya iba a su dueño, cuando se me acercó un ayuda de cámara, y me dijo que le siguiera, que una dama deseaba hablarme; yo, loco de entusiasmo, seguí al criado que me introdujo en un saloncito lujosamente amueblado estilo Luis XV: cuatro grandes jarrones, que en los ángulos de la habitación se hallaban, lucían vistosas y raras flores emanando suave y penetrante aroma, que atrofiaba mis sentidos.

En la impaciencia de la ya tan prolongada espera, en el ansia de ver aparecer la esbelta y virginal figura del hada que por entero ocupaba mi alma apasionada, púseme a recorrer la estancia, con rápido y agitado paso, pero ¡ay! esto duró poco tiempo, el perfume minutos antes tenue y agradable, habíase tornado asfixiante e iba haciendo lamentables efectos en mi débil organismo.

Los párpados, soñolientos, cerrábase contra mi voluntad; el corazón, nerviosamente agitado, latía con violencia; mi mente calenturienta, enloquecía, y una densa nieblilla me hacía invisibles la mayor parte de los objetos; ya no tenía la menor noción de todo lo que en torno de mí sucedía, cuando oí un ligero roce de faldas, y al fin quedó coronada mi impaciencia, al fin la vi más provocativa que nunca, con una burlona sonrisa en sus labios de grana, la vi que se alzaba ante mi como se presenta el hada de la virtud

en los sueños del niño, como se presenta el guerrero vencedor ante el humillado, con sus venéreas y sugestivas formas.

Si, la vi ¿pero cuándo? cuando mi cuerpo debilitado por el perfume estaba muerto, cuando mis palabras enronquecían y no salían al exterior sonido alguno, cuando mi razón se extraviaba y no podía alentar ya mi pobre cuerpo.

Quise ir hacia ella, pero inútilmente: caí desplomado.

La brisa matinal dábame de lleno en el rostro: un ligero dolor de cabeza, atormentaba mis sienes y mi entumecido cuerpo hallábase recostado en el quicio de una puerta, en un arrabal de Nápoles, y junto a mí, una esquila de papel perfumado, concebida en estos términos:

«Nos separa un abismo insondable, olvideme, no piense más en *La dama del misterio*...»

A. VILA.

CRÓNICA

Era un día del mes de marzo, lóbrego: el viento azotaba las calles de la ciudad: a unos viejos sentados al abrigo de una pared, les oigo decir: «Oye, amigo, con las modas y esto días de ventisca lucen sus hermosas pantorrillas todas las chicas.» Y yo, sin saber dónde voy, me dirijo al campo para respirar el aire libre. Al cabo de cierto tiempo de camino, yo, silencioso, pensativo, mustio y un tanto azarado, cuando inesperadamente y sin saber de dónde, oigo suspiros desgarradores como pidiendo auxilio; escucho un momento, dirijo la mirada hacia donde el rumor de los suspiros se oyen, y grande es mi espanto al encararme con un hombre que tendido en el suelo y con una voz apenas perceptible, me pedía una limosna. Yo, sin titubear, me rasco los bolsillos, y al cabo de ciertas vueltas me encuentro una perra chica, y se la di: ¡cuánta impresión me causó el malestar de aquel pobre hombre! La tarde seguía lóbrega, con un gris que cortaba el cutis. Me senté al lado del pobre viejo, y con gran entusiasmo oí su historia, que, según él me la pintó, fue siempre misera, peleando contra las rudezas de la vida, y me decía en estas palabras, que aun retengo en la memoria: «Si no hubiera nacido...!»

La tarde empezaba a caer, el cielo se cubría de densos nubarrones, que desprendían una finísima agüilla que el viento llevaba en todas direcciones; ayudé al viejo a levantarse, porque casi no

podía, y los dos juntos nos dirigimos hacia la ciudad; él se quejó en una humilde choza, situada en las afueras; y yo, silencioso, pensativo, mustio y un tanto azarado, sin olvidar la vida de aquel pobre hombre, me dirigi hacia mi casa...

F. PARIÑO.

Problemas del número anterior

La solución de cada uno de ellos, es: la del que ocupa el primer lugar, 42.500 pts.; la del segundo, razón 5 números de términos, 6; la del tercero, 10 litros; la del cuarto, cantidad de oro, 400,83 gramos; de plata, 99,17.

Las soluciones han sido remitidas por los señores A. Turégano, Elías Moya y Salustiano García, al segundo; Alarcón (Adrián) y Carretero, al tercero; y García, Segura, Alarcón, Carretero, Rubio, Cuesta, Correa y Gutiérrez, al cuarto.

A ELLA

Negros como azabache
tus ojos son,
que al mirarlos conturban
el corazón:
bellos sueños
infunden en el alma
con sus destellos.

Bella y sutil mariposa;
bello madrigal de amores.

la de la voz melodiosa,
de los labios subreptores
y figura vaporosa.

La del cutis sonrosado
y el venusino perfil,
la del cabello dorado,
dientecitos de marfil
y el vestido colorado.

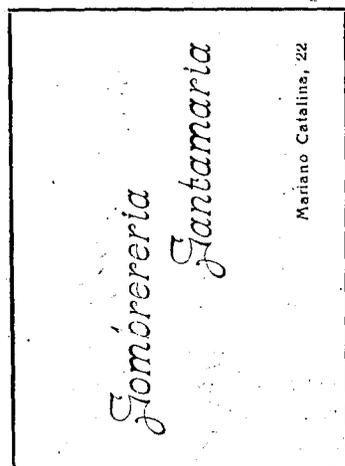
A. V.

IMPRENTA

“EL DIA DE CUENCA,,

Calle de Colón, 12.

Se hacen toda clase de trabajos.



Dispo